

La

pedagoga

i g n a c i a n a

una

propuesta

h u m a n i s t a

para

e

c a m b i o

Elba Noemí Gómez Gómez
Adrián Castañeda Iturbide

El presente escrito pretende presentar una visión global de la propuesta educativa de la Compañía de Jesús, así como compartir algunas reflexiones en torno a la llamada pedagogía ignaciana, considerando esta acepción desde sus orígenes, su contexto y los elementos que la han ido conformando a través del tiempo.

Hablar de la propuesta educativa de la Compañía de Jesús, en cualquiera de sus diferentes expresiones a través de la historia, significa remitirnos a lo “ignaciano”. Nos lleva necesariamente a Ignacio de Loyola, a su vida y a su obra y, particularmente, a los Ejercicios Espirituales, a la fundación de la Compañía de Jesús, al trabajo educativo de los mismos jesuitas y de muchos laicos en las obras educativas de estos. En este sentido, hablar de lo “ignaciano”, nos coloca a la vez en un tiempo lineal y no lineal, en la discontinuidad, desde 1491 hasta 1998. Así dicho, lo “ignaciano” no es sólo herencia jesuítica, ya que en los siglos de trayectoria educativa de la Compañía de Jesús los laicos han jugado un papel importante en la recreación, resignificación y reconstrucción de lo “ignaciano”, en tanto espiritualidad, propuesta educativa, propuesta social y dimensión práctica. Arrupe y Kolvenbach han reiterado que lo “ignaciano” no es exclusivo de los jesuitas, sino que va mucho más allá, que es también patrimonio de los laicos, de toda la cristiandad, de la humanidad.

La propuesta pedagógica ignaciana subraya como una de sus principales finalidades el formar “hombres y mujeres para los demás”, lo que implica, en primer lugar, redescubrir y revalorar quién es el ser humano en tanto

sujeto histórico, transformador de sí mismo y de la sociedad. Se concibe la persona como llamada primeramente a transformarse, para y en el compromiso con la vida, con y para los demás; compromiso que no ha de quedarse en situaciones tangenciales o superficiales, sino que deberá llegar a la naturaleza y profundidad de la realidad. Este compromiso apunta a buscar el equilibrio entre la extensión y la profundidad, la cantidad y la calidad, lo universal y lo particular, lo social y lo individual.

Detrás de la insistencia de este compromiso aparece la advertencia de Ignacio: “no el mucho saber harta y satisface, sino el gustar internamente...” La invitación que presenta Ignacio a través de su experiencia —reflejada en los Ejercicios Espirituales— de alcanzar el magis, es decir, la actitud de completa generosidad en el servicio, en este caso educativo, conduciría a profesores, alumnos, administrativos, funcionarios, etc., a concretizaciones del tipo de competir no con el otro sino consigo mismo, de dar lo mejor de sí. A final de cuentas, la educación pretende la formación de la persona en diálogo con los otros, con la sociedad.

Aunque la educación de la Compañía de Jesús pone un énfasis especial en la dimensión valoral, en tanto la formación de hombres y mujeres para los demás, señala la importancia de hacerlo desde la libertad del ser humano y del compromiso que se elige. Este “ser hombres y mujeres para los demás” tiene una concreción en la vida educativa cotidiana, ligada a los espacios físicos, culturales, humanos, evangélicos, es decir, la idea de mejorar las condiciones de injusticia social, podría comenzar formando

ELBA NOEMÍ GÓMEZ GÓMEZ
ADRIÁN CASTAÑEDA ITURBIDE
Académicos del Centro de Pedagogía Ignaciana Departamento de Educación y Valores del ITESO.

comunidades de solidaridad e intercambio entre los que componen las instituciones educativas.

Los jesuitas han tenido una participación significativa en la educación; se pueden señalar tres aspectos que su propuesta pedagógica enfatiza principalmente: la importancia que confiere a la dimensión social, tanto en el tomar en cuenta el contexto como en la orientación clara para transformar esa misma realidad social; el valor que otorga a la persona, a centrarse en ella, que conduce hacia el cuidado e interés individual; la afirmación sobre la libertad del ser humano frente a su proceso.

El término *pedagogía* ha sido centro de debates constantes en la historia de la educación. Así, hablar de pedagogía ignaciana no es algo fácil; el sólo mencionarla evoca diversos imaginarios y porqué no decirlo, también algunos temores. Los diversos documentos que hablan de pedagogía ignaciana nos remiten a una serie de cuestionamientos:

¿cómo plantear una propuesta práctica sin llegar a la indoctrinación y la normatividad?, ¿cómo hacer una propuesta práctica coherente con lo ignaciano sin que el espíritu quede sofocado con un ideal muy grande?, ¿cómo formular una propuesta práctica considerando los diversos contextos en los que la experiencia educativa tiene lugar, tanto al hacer la propuesta como en el margen considerado para su resignificación?, ¿cómo elaborar una propuesta práctica en diálogo permanente entre lo que Ignacio vivió y plasmó en su ideal educativo, el caminar de la Compañía en el campo educativo durante más de cuatro siglos y la propia evolución de las propuestas teóricas en torno a lo educativo?, ¿cómo trazar una propuesta práctica que se ubique en diálogo en el tiempo, entre el presente, el pasado y el futuro?, ¿cómo diseñar una propuesta pedagógica cuando la misma pedagogía ha atravesado en la historia por fuertes debates – o es la ciencia de la educación, o es una hija



///

CORELLA.

de la filosofía, o es una tecnología, o es una ciencia práctica, o es un arte—?

Dentro del marco de este escrito, al hablar de pedagogía ignaciana pretendemos hacerlo desde una visión holística, global, es decir, sin limitarla sólo a los textos que llevan ese nombre. Pensamos que la pedagogía ignaciana está conformada tanto por la experiencia de Ignacio de Loyola, como por la trayectoria educativa de las obras de la Compañía de Jesús y por las reflexiones que en torno a lo educativo han llevado a cabo los colaboradores de sus instituciones educativas e, igualmente, por los resultados del diálogo permanente, que en cuatro siglos y medio, ha mantenido la misma Compañía con las principales teorías educativas de la época, y también, finalmente, por los documentos publicados acerca de ello.

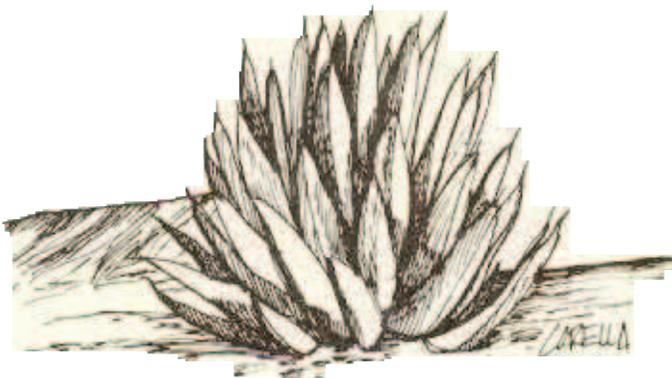
Desde los orígenes educativos de la Compañía de Jesús con Ignacio de Loyola, la pedagogía ignaciana ha sido ecléctica por el diálogo que ha mantenido con las distintas corrientes educativas. A la Compañía de Jesús, de acuerdo a su propuesta educativa, se la ha reconocido como innovadora y se refleja esta cualidad al sugerir que la actividad educativa requiere mantenerse en revisión constante, a fin de facilitar su renovación permanente. Si bien, dicha propuesta pretende dar sentido a todas las obras educativas de la Compañía de Jesús en el mundo, es importante leerla a la luz de las distintas culturas y contextos. Invita a la concretización de la misma en proyectos que incluyan estrategias retomando las condiciones particulares del espacio educativo.

La pedagogía ignaciana hace hincapié en la necesidad de explicitar el propio contexto en la formulación de los proyectos educativos. Hace énfasis en la importancia de impregnar toda la vida educativa institucional y sus procesos. Así, formula la intención de dinamizar cuatro aspectos: los objetivos y políticas generales; la formación de las personas y sus relaciones interpersonales; la estructura organizacional y, por último, los procesos administrativos y las técnicas; siempre pasando por los procesos de

resignificación de los sujetos implicados.

Hemos afirmado que la pedagogía ignaciana se desprende de la experiencia de Ignacio. ¿Cuál fue esta experiencia? ¿Por qué en ella es posible descubrir el germen que posteriormente delinearé su propuesta humana y educativa? ¿Por qué explicitar el contexto espiritual en el que vive esta experiencia? Toda la vida de Ignacio está matizada por los procesos de cambio, desde el parteaguas de Pamplona, que asumió como una interpelación de Dios—inicio de un largo camino espiritual— que lo llevó a su propia transformación, de la cual se siguió después una propuesta de conversión para otros.

La transformación define la existencia humana, es característica de un ser pensante, social, parafraseando con la vida de Ignacio, la fortaleza de Pamplona no está tan lejos de nosotros: como profesores, como administradores educativos, podemos estar empeñados en defender lo indefendible de un



sistema educativo, de una práctica docente carente de significación o de compromiso... La invitación es a la atención constante del contexto tanto personal como social: anticiparnos siendo sensibles, dejarnos tocar por la realidad, estar abiertos y dejarnos interpelar por todo acontecimiento, a fin de no detenernos en el proceso de evolución siempre presente.

Que el ser humano se reconozca en vías de crecimiento, de cambio y presente en la transformación de la práctica educativa y de la sociedad, es uno de los principales planteamientos de la pedagogía ignaciana. En sí, en cuanto educadores, se habla de la necesidad de mejorar permanentemente la práctica educativa, es decir, de librar la batalla primero con uno mismo, de adoptar una nueva actitud, para poder acompañar a los demás en su propio proceso de crecimiento, para poder participar en la tarea de evolución de nuestra realidad social, transformándonos permanentemente nosotros mismos.



Al subrayar el cuidado e interés individual por cada persona, la pedagogía ignaciana se define como “centrada en la persona”. Esta referencia no excluye a nadie, está centrada en la persona cuando se habla de los alumnos, pero igualmente cuando el sujeto es el docente o el personal de servicio. Quienquiera que trabaja en la comunidad educativa es persona y, en diferentes niveles y ritmos, continúa en un proceso de cambio, con posibilidades de seguir transformándose siempre, incidiendo en la misma realidad social que, al igual que la persona, no está acabada, sino en marcha constante.

El recorrido histórico que la propuesta educativa ignaciana ha seguido nos permite ubicarla dentro de un humanismo social. Ha sido una búsqueda acuciosa de la Compañía de Jesús el incidir en el espacio educativo de una forma innovadora.

La propuesta educativa “ignaciana” encuentra coincidencia con varias propuestas educativas en diferentes aspectos, como el hacer de la persona el centro de su atención; el privilegiar el aprendizaje frente a la enseñanza; el reivindicar el papel participativo del alumno; el pasar de lo vertical a lo horizontal; el concebir el espacio áulico ya no como aislado, sino en vinculación con la vida cotidiana de los sujetos y con todo su entorno en general; el ver lo educativo no como unideterminado, sino entendido como multideterminado; el ya no contar con la imagen de lo educativo como “caja negra” (sólo dando cuenta de entradas y salidas) y sí acentuando los procesos que ahí se desencadenan y se siguen; el modificar el énfasis dado a la memorización, para ponerlo en la construcción del conocimiento.

La pedagogía ignaciana nos invita a una reflexión permanente en torno a la práctica educativa, para innovarla, a fin de lograr la excelencia humana. Esta pedagogía asiste y apoya al ser humano al escoger su camino, buscando su plena realización. Aunque no es una teoría, posee una fundamentación teórica, y aunque no es sólo una práctica, no se puede

concebir alejada de la misma.

Es imposible reducir la pedagogía ignaciana a una propuesta metodológica, aunque ofrece ayuda en este sentido; es un proceso mucho más amplio, es un modo de ver la vida. Implica una perspectiva del mundo y una visión de la persona humana que se pretende formar. La pedagogía ignaciana no se reduce tampoco al ámbito educativo formal.

En torno a la educación de la Compañía de Jesús y a la llamada pedagogía ignaciana no todo está dicho, si éstas se ubican dentro de un humanismo social, si ella considera al hombre como centro de todos sus esfuerzos y a la sociedad como destinataria, no puede desconocerse que tanto el hombre como la realidad social están en constante cambio, que el ser humano reconstruye, en términos subjetivos, la realidad objetiva para incidir nuevamente en ella. Por esto, la propuesta pedagógica ignaciana encuentra sentido en cuanto espacio en el que los sujetos la

resignifican y la reconstruyen, a partir de su propia experiencia educativa y de los contextos particulares donde tenga lugar el proceso pedagógico. 

Bibliografía:

- Duminuco Vincent, s.j., "Las Características, un vino nuevo para las obras educativas de la Compañía" en Vázquez Alberto, *Reflexiones a Diez Años...*, ITESO, Guadalajara, Jal., 1997.
- Comisión Internacional para el Apostolado Educativo de la Compañía, *Características de la educación de la Compañía de Jesús*, ITESO, Guadalajara, Jal., 1996.
- El Consejo Internacional de la Educación de la Compañía de Jesús, *Pedagogía Ignaciana. Un planteamiento práctico*, ITESO, Guadalajara, Jal., 1996.
- Delegados de Educación de América Latina, *Aportes para la implementación de la Pedagogía Ignaciana*, Impretei, México, D.F., 1995.
- Asociación de Universidades confiadas a la Compañía de Jesús, *Desafíos de América Latina y Propuestas Educativas AUSJAL*, ITESO, Guadalajara, Jal., 1995.
- Meissner W.W., *San Ignacio de Loyola. Psicología de un Santo*, Grupo Anaya, Madrid, 1995.

